

Artículo premiado 2005

El Arca de las Palabras

A medida que pasa el tiempo y va cumpliendo uno años y dejando en el camino libros escritos, siente que su lengua se empobrece o que la complejidad de sus sentimientos hace cada vez más difícil su comunicación. Por un lado mira uno la herramienta y, en su manos, la ve vieja y llena de golpes, muescas, faltas. Por otro, se mira uno el alma, y la halla más confusa y perpleja que cuando era joven.

En el tiempo de la juventud anhelaba uno la madurez, para templar las pasiones y atalayar el pasado como una fértil vega, llena de huertos y frutos en sazón, como miramos también el hontanar, lleno de fuentes. Pero eso se ve que es una ilusión de regadíos, como hay también ilusiones de secano.

Llega uno a la madurez y apenas logra aquietar su corazón, y al tratar de explicarse con palabras lo que le pasa, ninguna le satisface, todas las cambiaría por otras. Mientras componía estas páginas, escribí este poema, ya incorporado al libro que se tituló *Un sueño en otro*:

HABLA

¿A qué lengua se traduce la lluvia?
¿Cuántas sílabas forman el perfume
que la rosa destila? ¿Con qué rima
uncirías las olas de la playa?
¿Serías tú capaz de discernir
los hemistiquios en el beso último
de dos amantes, y ponerle acentos
al silencio sutil de sus pupilas?
¿Qué humana ortografía serviría
para ese ladrido que a lo lejos
se oye en plena noche o para el pulso
que late en todo astro, incluso muerto?
Dime con qué alfabeto se transcribe
el sueño de la vida,
dímelo sin palabras, que son merma,
sin rima, sin acentos, sin medida,
y luego, habla.

Un sueño en otro es también cada palabra.

«Escribía silencios», nos dice Rimbaud en *Une saison en enfer*. Meses después de publicado este poema, y relejendo *Ana Karenina*, me encontré con esa anotación de *Tolstoi*, a propósito de Levin, personaje, como es sabido, que en mucho se parece al propio conde: «*A Konstantin Levin no le gustaba hablar ni oír comentarios sobre las bellezas de la Naturaleza. Las palabras despojaban de hermosura lo que veía*». Ese sentimiento de que las palabras expresan siempre mucho menos de lo que sentimos, o que despojan a las cosas de su verdadera alma es algo que ha sentido todo el mundo. Schopenhauer llamaba a las palabras la «grosera materia».

Como consecuencia de ello, a unas personas, escritores o no, el acto de escribir les paraliza, aterrados ante la página en blanco, en tanto que a otros no les impide arrostrar esa dificultad añadida, y no porque sean más audaces, más valientes o con más talento, sino porque se diría que se dejan guiar. ¿Por quién? Sin duda por la memoria y el sentimiento de las cosas. Y era *Benedetto Croce* quien advertía a los filósofos que disculpaban la oscuridad de sus escritos en la oscuridad del concepto, o a aquellos otros que aseguraban que lo que pensaban era tan oscuro que no podía ser expresado con palabras: no, decía él, aquello que no está expresado de una manera clara es porque ha sido pensado de una manera oscura; si se pensara clara, se diría claro.